

Manuscrito electrónico, alfabetización electrónica.

Jesús Rodríguez-Velasco

Columbia University & CiLengua

Para Marat, según Jacques-Louis David.

El ensayo es la forma más adecuada para tratar de la cultura escrita electrónica. Es un género en el que todavía es posible comportarse -usando la metáfora de Arquíloco rescatada por Isaiah Berlin- como un zorro antes que como un erizo, pues aunque el erizo sabe una cosa muy importante (μεγα), el zorro sabe muchas cosas (πόλλα). El zorro se mueve con agilidad entre las innovaciones, mientras que el erizo, protegido por sus espesas púas, puede darse el lujo de desplazarse bajo los setos de la historia con meditada lentitud.¹

La bibliografía académica al respecto de la cultura letrada electrónica no es particularmente abundante, y la que hay es a veces laberíntica y fragmentaria. Además, casi todo lo que, destinado a su publicación impresa, se está produciendo en este

¹ En honor al carácter vulpino de este breve ensayo, me he permitido añadir unas pocas notas que no son necesaria ni principalmente bibliográficas, sino que se trata de digresiones o excursos marginales que se relacionan de alguna manera con lo dicho en el centro del texto.

momento, tiene un carácter tentativo y necesariamente fungible: las transformaciones son tan rápidas, que apenas da tiempo a estar al día de todas ellas.²

Una de las aportaciones más recientes es el libro -hecho y cosido a mano- de Anthony Grafton, *Codex in Crisis* (2008). Éste se presenta como un producto oral, sin otra bibliografía que la que surge del propio discurso humanístico en que se van engarzando las autoridades. Grafton está hablando ante todo de un universo que, por así decir, no tiene sustancia bibliográfica propia, pues se trata de una gran reflexión acerca de los proyectos de Google -y algunas de las reacciones a los mismos.

² Una de las fuentes constantes de evaluación de las transformaciones de internet se produce, como es lógico, en los periódicos, que en muchas ocasiones han abierto una o varias secciones específicamente dedicadas a la computación o a internet. Internet y el universo de la alfabetización electrónica en general, por supuesto, ocupa también lugares destacados en otras secciones, como la de cultura, economía, política, sociedad, etc. No todas las secciones se comportan igual frente al desarrollo de la cultura electrónica. Por ejemplo, la cultura electrónica registrada en las secciones de cultura de los periódicos es, con frecuencia, una percepción sobre la *pérdida* que supone internet, como por ejemplo -entre otros muchos- el artículo de Maciej-Niko Zamiatowski, "Aquellas maravillosas portadas", *El Mundo*, 2.04.2010 (<http://www.elmundo.es/elmundo/2010/04/01/cultura/1270143352.html>, acceso el 2.04.2010), en que el elogio de la estética de las portadas se convierte también en una elegía a las mismas, dado que "esta típica imagen puede que desaparezca, debido al empuje del libro electrónico y sus fríos archivos sin portada." El número de ejemplos al respecto podría ser multiplicado *ad nauseam*.

El artículo de Roger Chartier "Language, Books, and Reading from the Printed Word to the Digital Text" (2004), el primero, en mi opinión, que intenta establecer conceptos claros sobre las transformaciones de lo que podríamos llamar aquí el "alfabetismo electrónico"³ es extraordinariamente generoso en sus referencias científicas, pero no es menos interesante tener en cuenta que para poder construirlas se va a buscar la mayor parte de la bibliografía a finales de los años ochenta y mediados de los noventa, en la época claramente anterior a la Web 2.0, como si el historiador se sintiera más cómodo al examinar un ciclo que en 2004 estaba ya claramente cerrado. Es, acaso, el primer gran

³ "Cultura letrada electrónica" es, seguramente, la fórmula más adecuada para hablar de lo que quiero hablar en este artículo. La fórmula perfecta es la inglesa, *electronic literacy*, aunque como es lógico no quiero escribir en Spanglish. Hay una fórmula que se usaba en la baja Edad Media en español, *letradura*, que se corresponde bastante bien con *literacy*, pero que a la larga resulta pesada y pedante. Quizá una manera de referirse a ello fuera usar la palabra latina *litteratura*, pero causaría demasiada confusión. Aquí he decidido inclinarme por una fórmula esencialmente imperfecta, pero que de momento cumple con su cometido, que es la de "alfabetización electrónica" o "alfabetismo electrónico." La única ventaja de esta elección es que indica que la cultura letrada en el ámbito electrónico implica un ciclo que tiene su propia génesis, y que exige de sus usuarios poner entre paréntesis sus conocimientos fenoménicos de la cultura escrita para poder introducirse en profundidad dentro del proceso de innovación cognitiva y epistemológica del universo electrónico. Esto encaja, precisamente, con la propuesta de este trabajo de que al menos por un momento nos conviene considerar la cultura letrada electrónica en su plena autonomía, y no como continuación de un proceso histórico.

trabajo de un historiador erizo que desarrolla un argumento unitario sobre el alfabetismo electrónico.

William H. Sherman, por su parte, culmina su hermoso libro de 2008, *Used Books*, con un "Afterword" titulado "The Future of Past Readers" (179-182), en el que hace una predicción sobre el tipo de interacción entre los lectores y los objetos bibliográficos, y confiesa sentirse preocupado por el escaso contenido que se da en el mundo digital a la noción de interactividad, que se basa más en la puesta a disposición de objetos para el público que en el desarrollo de herramientas para la consolidación del uso particular de estos objetos. Es fundamental tener en cuenta que esta observación, publicada en 2008, está sin embargo basada en una noción de interacción que sólo data del año anterior o de dos años antes, pero que en 2010 parece ya inexacta, pues los últimos dos años han visto crecer de manera exponencial el número de recursos que permiten -sin duda, de una manera que es necesario analizar en términos culturales y políticos- una interacción con los objetos bibliográficos que se *parece* al tipo de interacción privada considerado como ese *uso de los libros* del que parte Sherman: "Usus libri, non lectio prudentes facit." (Sherman, "Preface", xiii-xiv).

Las predicciones, un campo específico de la escritura y el pensamiento en torno a internet, han ido fallando al mismo tiempo en que se han ido cumpliendo. En otras palabras, las predicciones, con frecuencia de carácter ominoso, plagadas de diatribas contra internet o contra la lectura electrónica en general, han cumplido una misión mucho más importante que la que sus autores pudieron considerar: han servido para desarrollar un campo de la alfabetización y de la cultura extraordinariamente complejo, con objeto, precisamente, de huir del carácter apocalíptico de aquellas profecías. Al mismo tiempo,

es difícil evitar la profecía cuando nos hallamos en medio de un proceso de transformación de la cultura escrita, en la que, como ha señalado Carlos J. Alonso, todo el sistema de comunicación tiende a un grado cada vez más elevado de textualización - hasta el punto que las propias comunicaciones telefónicas van siendo progresivamente superadas por las comunicaciones por correo electrónico, e incluso hasta el punto de que el teléfono se ha convertido en una máquina de producir texto. Quizá internet es el universo multimedia más asombroso de todos los creados hasta el momento, pero si es así es porque ha llevado hasta sus confines (al menos de momento) la textualización de la comunicación.

La importancia de la textualización electrónica de la comunicación tiene innumerables consecuencias que tardaremos mucho tiempo en comprender, o siquiera en inventariar. Una de estas consecuencias se vincula con dos proposiciones. La primera proposición es que la alfabetización electrónica no es un proceso de sustitución de los movimientos existentes de alfabetización, del mismo modo que las transformaciones operadas gracias a las diversas revoluciones de la imprenta no han sustituido a la cultura manuscrita, ni la cultura escrita a la oral, etc. La segunda proposición es algo contraintuitiva, y lo es más teniendo en cuenta la primera proposición: debemos examinar la alfabetización electrónica no en una relación historicista con las culturas escritas manuscrita e impresa, sino como un problema cognitivo y epistemológico autónomo.

Aunque la bibliografía al respecto de la alfabetización electrónica parece estar de acuerdo en mayor o menor grado con la primera proposición *-ceci ne tuera pas cela-*, la segunda proposición será lógicamente observada con cierta precaución: Grafton, Chartier o Sherman, así como Illich, Bolter, u otros, argumentarán, con razones suficientes, que la

única manera de comprender las implicaciones de esta nueva forma de alfabetización será examinar a fondo al menos cierta historia de la alfabetización, y comprender el tipo concreto de transformaciones introducidas por el universo electrónico en relación con las manifestaciones de la cultura escrita. Sus observaciones -y el título del artículo de Chartier así lo indica- replican parcialmente la formulación de Chaytor, *From Script to Print*, marcando un cierto carácter jerárquico de la forma "códice" sobre la forma "pantalla", ante la idea a priori de que el espacio de la pantalla ha sido aún poco desarrollado y que, en cambio, el códice posee claras ventajas -tanto cognitivas como estéticas- fruto de una larga y abundante experimentación.

El texto de Chartier, a este respecto, analiza con penetración las tres grandes transformaciones que la alfabetización electrónica introduce respecto del universo cultural de códigos y libros: el orden del discurso, el orden del razonamiento y el orden de la propiedad. Sus observaciones, en especial la referente a las formas de la fragmentación de la lectura y al *tiempo* de la lectura por parte de los usuarios de los recursos electrónicos, son compartidas (aunque el autor no lo menciona) por Anthony Grafton (57-58): las estadísticas muestran que la media de permanencia de un usuario en un recurso electrónico es muy baja, tanto que el *tiempo de lectura* desaparece. Naturalmente que este argumento puede ser fácilmente invertido, dado que carecemos de estadísticas que nos indiquen cuánto tiempo permanecen en las manos de un usuario los libros de una determinada estantería de una librería o de una biblioteca. Los números, probablemente, serían igualmente ridículos, pero ambas cosas indican lo mismo: que los lectores son muchos y muy selectivos, y que antes de elegir el objeto sobre el que van a desarrollar su

tiempo de lectura, tocan muchos otros que permanecen en sus manos durante un tiempo limitado antes de ser descartados.

Mi segunda proposición es un intento por comprender la alfabetización electrónica no como el resultado de una transición, sino más bien como el proceso de invención de los criterios cognitivos de la alfabetización, como una investigación. Eso no quiere decir que no haya que tener en cuenta la historia de la alfabetización, sino más bien que esta historia no debe tener el efecto que -al decir de Marciano Capella- tuvo el regalo de bodas ofrecido por Memoria a Filología: que si Psyque le había regalado el carro más veloz del mundo, Memoria lo cargó de cadenas impidiéndole avanzar.

La tesis que me gustaría defender puede ser formulada de la siguiente manera: hablar de alfabetismo electrónico requiere de una investigación conceptual focalizada en las posibilidades creativas autónomas que permite el universo electrónico, considerándolo no tanto como un proceso de adaptación epistemológica y cognitiva, sino más bien como un instrumento para la invención epistemológica y cognitiva. El alfabetismo electrónico no sería, así pues, un instrumento con el que hacer de manera más rápida y eficiente cosas que antes hacíamos de manera más lenta y penosa (por ejemplo, buscar ideas o concordancias en los doscientos y pico tomos en folio de la *Patrología Latina*), sino más bien un proceso creativo con el que producir objetos e ideas que ni siquiera se nos habían ocurrido antes. Esto resulta, indudablemente, hermético, en la medida en que ese algo, ese *producible* está aún sin expresar, sin crear.

Se podría hacer una crítica a esta idea, y es que el uso mismo de la noción de alfabetización es de carácter transicional, y que, por tanto, requiere de una aproximación

histórica. Otra crítica inicial que podría hacerse es que en realidad carecemos de conceptos para hablar de la creación del objeto textual electrónico, y que al situarlo en la órbita del *manuscrito electrónico*, como voy a proponer en este trabajo, estoy también asumiendo que el campo del alfabetismo electrónico es eminentemente transicional.⁴ No sólo no veo cómo aplacar esas críticas, sino que además creo que son bastante exactas. Pero no creo que impidan la búsqueda que he propuesto, antes al contrario, creo que sólo a través de esta búsqueda -a saber, en qué consiste la alfabetización electrónica y la construcción de manuscritos electrónicos- podremos entender mejor el tipo de transformaciones históricas que están teniendo lugar, y no al revés. Así que una propuesta correlativa es que el análisis de los procesos que comprenden la alfabetización electrónica puede llevarnos a analizar mejor la historia de la alfabetización, mientras que la actividad inversa quizá puede llevarnos a detener involuntariamente determinados procesos que

⁴ En este artículo digo "manuscrito electrónico" para referirme al *proceso* de escritura en el ámbito del co-laboratorio. Co-laboratorio es, aquí, la idea de que el acto de escritura dentro del alfabetismo electrónico es susceptible de revelar la actividad creativa e intelectual no sólo de un autor -cuyo proceso es rastreable a través de los cambios que quedan registrados en el documentos-, sino también la actividad creativa e intelectual de un grupo de individuos trabajando sobre el mismo soporte y documento. Opongo el manuscrito electrónico, esencialmente dinámico, al mecanoscrito, que es un texto más bien definitivo y estático. Uno podría decir que el manuscrito electrónico es una forma innovadora de la *mouvance* de la que habla Zumthor, con la diferencia de que esta *mouvance* hace presentes todas las variantes, cosa que es manuscrito medieval no hace.

están apenas esbozados por primera vez en el ámbito de la alfabetización electrónica.⁵
Intentaré más adelante ser más preciso acerca de estos procesos.

Para poder elaborar con algún detalle este proyecto quisiera someter a revisión y también dar relieve a algunos de los análisis y conceptos de Chartier.

La primera noción que deseo revisar es la de la fragmentariedad de la cultura electrónica, a partir de la siguiente consideración de Chartier:

"...in the digital world all textual entities are like databases that offer fragments, the reading of which in no way implies a perception of the work or the body of works from which they come." (142)

La tesis de que las entidades textuales del universo electrónico son bases de datos es una idea extraordinariamente seductora. También ha sido una de las que ha provocado y provoca mayor alarma entre los humanistas. En mi opinión, Ivan Illich escribió *In the Vineyard of the Text* (1993) no como un comentario al *Didascalicon* de Hugo de san Víctor, sino más bien como una enorme tesis para controlar los peligros de una infinita y

⁵ Naturalmente que esto *no* implica una tesis correlativa para contar la historia marcha atrás, algo en lo que no encuentro un placer específico. Pero una parte de las razones por las que se aplica al alfabetismo contemporáneo el conocimiento histórico del alfabetismo es porque late la idea de que conocer la historia equivale a no repetir errores, etc. Ahora bien, el universo del alfabetismo electrónico considerado autónomamente quizá requiera poner por un momento la historia entre paréntesis, con objeto de que nuestros juicios sobre los presuntos errores históricos no empañen o se impongan como invasivos aprioris a la necesidad específica de desarrollo y experimentación en este campo.

omnívora base de datos, en una época en la que los ordenadores personales se estaban instalando en muchos hogares y oficinas, y en que las redes de comunicación como el correo electrónico o lo que después sería internet estaban aún en mantillas.⁶ En 1993, los protocolos de acceso a internet todavía se servían de instrumentos como Gopher, anteriores al protocolo WWW y a los navegadores programados para este nuevo protocolo. 1993 es el año en que se pone en marcha el navegador Mosaic, y sólo a partir de entonces se empiezan a desarrollar los grandes navegadores y motores de búsqueda - Lycos y Yahoo son creaciones de 1994. Dicho de otra manera, el año de publicación del libro de Illich es también el año en que se crean las formas *con vocación universal* (y más allá del problema sociológico específico del *digital divide*) para controlar y desarrollar el acceso a esa aparentemente indomeñable base de datos que expulsa datos crudos en interminables pantallas de texto (los sistemas operativos gráficos y el *wysiwyg* aún no estaban desarrollados suficientemente) o en largos rollos de papel continuo, a menudo con listas azules y blancas.

En el libro de Illich, Hugo de san Víctor juega el papel de un intelectual humanista analógico comprometido con el desarrollo de la alfabetización, pero temeroso

⁶ El gráfico representado en <http://upload.wikimedia.org/wikipedia/en/c/c3/WIntHosts1981-2009.jpg> (acceso, 2 de Abril de 2010) muestra, por ejemplo, que los avances en el uso del Internet empiezan a ser claramente visibles más allá del llamado *digital divide* (las diferencias de acceso a internet entre países desarrollados y países en vías de desarrollo o subdesarrollados) a partir de 1995, y más claramente a partir de 2004, cuando la Web 2.0 es ya un hecho pujante.

de que el exceso de disponibilidad y la inmensidad de la base de datos no sean sino una de las formas de *la cosa en sí*, la realidad *noumenica* que Kant declaraba como incognoscible, y que en algún momento poético de la *Crítica de la Razón Pura* veía como un océano bravío que no hacía sino lamer las orillas de la pequeña isla del conocimiento fenoménico, amenazando, al tiempo, con eliminarla del mapa y convertirla también en agua. Hugo de san Víctor es uno de los nombres de Illich: para éste, Hugo de san Víctor era la prueba viviente -o más bien *vivida*- de que era posible inventar modos, sumamente ingeniosos, que permitían el control de la base de datos, su sumisión al cuerpo humano y su sumisión a los sentidos exteriores. Para Illich, un hombre, al cabo, que había atravesado el mundo a pie y que había promovido proyectos e instituciones para la alfabetización en los países menos favorecidos, la alfabetización era eso, la posibilidad de orientarse, el *bornage* y la señalización, la vivencia del texto con el cuerpo, la ecuación entre práctica del espacio y acto de habla, algo que establecía una línea genealógica que iba de Hugo de san Víctor a Michel de Certeau.

Entre 1993 y 2001, y ante todo a partir de 2004, cuando se declara el nacimiento de la Web 2.0 -el mismo año en que Chartier publica su artículo-, todo ha sufrido una transformación enorme. La afirmación sobre la cultura electrónica como una cultura de la base de datos (una idea que considero completamente brillante) debe ser puesta en duda y redefinida. Incluso totalmente derogada, por así decir.

La cultura del alfabetismo digital contemporáneo no puede definirse ya como una base de datos textual -y aquí creo que conviene utilizar el concepto de texto ideado y redefinido por Donald McKenzie en su *Bibliography and the Sociology of Texts* de 1989, es decir cualquier realidad de la comunicación que pueda formar parte de una biblioteca,

y que por tanto integra objetos verbales, imágenes, archivos sonoros, etc. De hecho, la alfabetización electrónica propone una forma bien innovadora de transformar la cognición y las condiciones epistemológicas, mediante la incorporación de un universo modular y en gran medida personalizado o personalizable, del que la base de datos es solamente uno de los módulos. Es interesante, en cambio, observar el estatuto epistemológico de la base de datos en tanto que un módulo de carácter permanente y permanentemente ampliable, pero en gran medida también sumamente estático o con un dinamismo basado estrictamente en su crecimiento hipertrófico. Son los otros módulos los que hacen casi desaparecer la base de datos como entidad textual. Esos otros módulos son la programación y el diseño. Los usuarios vemos en pantalla el resultado de la interacción de estos tres módulos, y nos parece que funcionan en perfecta -o imperfecta, según los casos- armonía, hasta el punto que podríamos decir que son completamente dependientes los unos de los otros. Sin embargo estos módulos son autónomos los unos de los otros, lo que permite establecer todo tipo de variaciones o de sustituciones en uno sin llegar siquiera a tocar los otros. Esta manifestación modular se denomina proceso asíncrono.

Este hecho simple cambia completamente la idea de una alfabetización electrónica en la que todas las entidades textuales son una base de datos. Los diversos módulos se invocan los unos a los otros, creando así una red de procesos que permite no sólo exhibir los resultados de la base de datos, sino lo que es más importante, la muestra de los mismos en relación con el soporte y forma más adecuados o elegidos. McKenzie, y con él todos los historiadores del libro de la lectura (y yo con ellos) consideran que el proceso de lectura (es decir, los problemas cognitivos y epistemológicos ligados a dicho

proceso) no son independientes de las formas, soportes, objetos, orden, etc., en que se manifiesta el texto. El alfabetismo electrónico explota este principio mediante la creación de módulos de programación y de diseño que permiten transformar de muchos modos diferentes el soporte textual, la base de datos, dándole, así, una posibilidad ciertamente inédita: la personalización y autorreflexión sobre teorías del conocimiento así como los procesos cognitivos asociados al conocimiento.

Antes he señalado que esto recibe, en el vocabulario técnico electrónico, el nombre de proceso asíncrono, y creo que esta puede ser una noción importante para poder comprender no sólo este proceso, sino también los procesos de interacción humana en el ámbito de la alfabetización electrónica. Este proceso asíncrono no ha de ser solamente un tecnicismo, así pues, sino también toda una manera de comprender las innovaciones cognitivas y epistemológicas planteadas por el alfabetismo electrónico. Esta asincronía indica que algo que se nos presenta de manera sincrónica a la percepción, tiene su fundamento, en cambio, en movimientos que no se producen sincrónicamente los unos con respecto a los otros. Pero ello ha pasado a considerarse como uno de los grandes pecados que los humanistas perciben en el alfabetismo electrónico, y que puede caracterizarse por la fragmentación a la que se refiere Chartier o por el escaso compromiso sentimental que se produce, al decir de Jonathan Barnes, entre el usuario de la base de datos y los datos que se contienen en la misma.

El *compromiso sentimental* juega un papel mucho más importante de lo que se pudiera imaginar a primera vista. El libro es un objeto de deseo que da lugar a una forma específica de la *filia* -y del *clasmó*, como ha mostrado Fernando Rodríguez de la Flor. Sería casi imposible exagerar el valor libidinal del libro y de la biblioteca, del volumen y

espacio de la misma, del modo en que se llega a poseer y a ordenar.⁷ Ninguna historia de la cultura escrita, por amplia que fuera, podría jamás llegar a inventariar las formas del deseo y del afecto relacionadas con el mundo del libro. La alfabetización misma está

⁷ Convendría explorar un efecto que estamos viviendo en este momento. No es posible ignorar hasta qué punto el desarrollo de los nuevos (razonablemente nuevos, al menos) campos de la historia del libro y de la lectura se relaciona con el movimiento de desarrollo del alfabetismo electrónico. Examinar esta relación formará parte de una especie de psicoanálisis del conocimiento de la historia del libro y de la lectura. Tampoco es posible dejar de lado que en los últimos dos o tres años, el gran movimiento de creación de esa *biblioteca universal* electrónica viene acompañado no sólo de publicaciones acerca de su propia imposibilidad, sino también de otras publicaciones en las que el espacio amplio y nutrido, visible, tangible, eternamente presente, de la biblioteca, es puesto en primer plano: la reedición del precioso tratado de Benjamin sobre el desempaqueado de su biblioteca, o el libro bello y nostálgico de Manguel sobre *The Library at Night*, así como el libro de Baez, *Historia universal de la destrucción de los libros*, entre otros muchos otros, son una muestra de esta reacción casi inconsciente. La *biblioteca portátil*, ya sea en el ordenador personal o en el lector de tinta electrónica, son percibidos como una renuncia a la presencia, como un modo de elevación metafísica del significado y de minimización del significante. El hecho de que la "biblioteca electrónica" de la tableta de Apple iPad (que acaba de salir al mercado) se nos presente como una biblioteca tridimensional en la que uno puede sentir el paso de la página al accionarla con el dedo, es una forma de recuperar esa presencia, de sentir el volumen del códice.

vinculada de manera íntima al movimiento del cuerpo -Illich, al igual que Marcel Jousse en su *Anthropologie du Geste* (publicado póstumamente en 1974) inciden precisamente en el vínculo íntimo entre el proceso cognitivo y psicológico que suponen los gestos y movimientos en el proceso de alfabetización. Insistir en esto no sería más que desviarnos de nuestro tema, pero es necesario mencionarlo, para comprender que una de las innovaciones fundamentales del alfabetismo electrónico consiste precisamente en inventar -o al menos volver a negociar- las relaciones de afecto entre los usuarios y el universo electrónico. Nunca, jamás, se producirá una sustitución de esos afectos, sino más bien una adición, aun cuando esta adición sea digresiva en ella misma. Del mismo modo que los manuscritos o los volúmenes mantienen todo su influjo afectivo sin interferir en el influjo afectivo que rodea a los libros impresos -de cualquier tipo que sean-, esta innovación en la alfabetización nos invita a imaginar un espacio afectivo.⁸

⁸ Al respecto, Aurélie Vialette comenta lo siguiente: "Parece ser que el deseo experimentado con la posesión y ordenación de libros se ve multiplicado con el *download* y la acumulación de textos electrónicos. El espacio de la biblioteca, definido, encierra de alguna manera el valor libidinal del libro (lo asigna a este espacio). Pero en el caso del texto electrónico, el espacio del deseo pierde sus contornos, su asignación concreta (está en una nube) y por tanto, se hace infinito, no acaba nunca (prueba de ello, casi, el número infinito de textos que uno puede bajar, incluso a la vez!)." Por otro lado podría decirse que, eEn cierto sentido, ese espacio afectivo ya existe en otro nivel, aunque está sólo tímidamente desarrollado. Parcialmente, está ocupado por los *geeks*, palabra del argot que originalmente se refería a personas socialmente ineptas, pero que ahora engloba a todas aquellas personas que muestran un afecto patente por la electrónica y sus desarrollos.

Una de las dificultades para la creación de este espacio afectivo es el extremo carácter tecnológico del soporte electrónico, su obvia *virtualidad*, la sensación cierta de que todo cuanto percibimos electrónicamente es el resultado de un proceso de traducción excepcional: cuanto somos capaces de ver en el ámbito de lo digital es una especie de *segundo grado*, una pálida sombra del universo binario de ceros y unos en que reside su esencia. Al mismo tiempo, y a pesar del anti-humanismo que ha dominado una gran parte de las ciencias sociales desde al menos los años sesenta en adelante, nuestra relación con la tecnología es y ha sido siempre crítica. En una entrevista con Bill Moyers, Joseph Campbell -que había trabajado con George Lucas en los guiones de la primera trilogía de *Star Wars*-, decía que lo que unía a Homero con Lucas era el mensaje subyacente de que el único producto humano en que nunca podemos esperar ningún tipo de redención es la tecnología. Y en cierto sentido es así: la tecnología es un objeto de deseo sólo en tanto que es fungible, en tanto que no es permanente; lo que deseamos de ella es precisamente su transitoriedad, su inaprehensibilidad, el hecho de que la tecnología está ya fuera de nuestro alcance en el momento mismo en que la poseemos. El libro electrónico, la alfabetización electrónica, el manuscrito electrónico es, más que ninguna otra forma de objeto de alfabetización, proceso.

La idea de *proceso* no es nueva (y forma parte constitutivo de la crítica genética de Louis Le Brave o Almuth Gresillon), pero en el ámbito electrónico es también uno de los elementos cruciales de la alfabetización electrónica.

Uno podría decir que el equivalente al bibliófilo en el campo de la alfabetización electrónica es el *geek*.

Los sistemas de proceso electrónico de textos concebidos para los usuarios ya se han hecho conscientes de la necesidad de explorar las capacidades de los documentos electrónicos de contener todo el proceso de manera ordenada, de manera que cada cambio pueda ser reconstituido y recontextualizado. El resultado es una especie de *meta-archivo* en el que conviven, convenientemente datadas, todas las interacciones de los colaboradores en un solo documento. La metáfora perfecta para este tipo de proceso es el sistema de archivo de Apple, *time machine*. Esta "máquina del tiempo" es la representación gráfica de todos los estados del proceso, convenientemente datados y contextualizados en relación a los otros procesos que están teniendo lugar en este mismo instante, que hasta entonces era inaprehensiblemente latente. Otro nombre, pero no sinónimo, para la *time machine* es la del proceso como *time capsule* o cápsula del tiempo. Esta segunda noción contiene una problemática mucho más compleja: la cápsula del tiempo es el receptáculo en el que el individuo deposita cuidadosamente todos aquellos objetos con los que desea ser identificado. Si la *time machine* es el proceso desde el punto de vista de la "conciencia cibernética", es decir, la programación de la máquina para repetir procesos periódicos de grabado y ofrecerlos de la manera mencionada ante la invocación de los usuarios, la *time capsule* es el modo en que ese proceso ha sido ordenado por la conciencia de su usuario, por el modo en que éste concibe el orden de los textos que constituyen el proceso.⁹

⁹ La cápsula del tiempo es de hecho una experimentación personalizada en arqueología. Las cápsulas del tiempo son a veces objetos institucionales, creados por un ayuntamiento, por ejemplo, o por un gobierno, para dejar un legado arqueológico, un agregado de objetos que conforman la red de significados de una cultura. Son, también por ello, un

Lo que constituye el centro de gravedad de la alfabetización electrónica es el *manuscrito electrónico*. El *manuscrito electrónico* tiene muchas formas, pero todas ellas dan cabida al *proceso*. Quizá los programas más utilizados nos sean familiares: Word, Pages, Nota Bene, AbbyText, Adobe Acrobat; la mayor parte de ellos tiene también sus respectivas versiones *online*, y a ellos hay que añadir aquellos que tienen exclusiva vida *online*, como GoogleDocs o, en muy gran medida, proyectos como WordPress o Drupal.

A diferencia de los otros, WordPress o Drupal incorporan otras posibilidades que tienen que ver con una dimensión en la que el manuscrito electrónico va al encuentro de la práctica de la *lectura manuscrita* -la idea de que leer es a menudo un acto indisoluble de escribir, y que por tanto hay que ofrecer al lector el espacio de la escritura. La programación en Drupal, o los añadidos para WordPress como CommentPress son

experimento de autorrepresentación y de autoficción colectiva, y por eso tienen tanto interés desde el punto de vista de la teoría de la historia (aunque quizá no se ha escrito suficientemente al respecto). La cápsula del tiempo es también individual. Hay empresas que venden cápsulas del tiempo que pueden durar centenares de años enterradas sin sufrir deterioro, y que asisten a los usuarios interesados en la elección de los objetos que conviene introducir en la cápsula. A diferencia de otros yacimientos arqueológicos, que suelen aparecer sin previo aviso al hacer obras públicas, las cápsulas del tiempo vienen marcadas en el territorio, son parte de su sistema de señalización, y suelen decir, también cuándo y por qué deben ser abiertas y exhibidas. Esta especie de necesidad del control de la identificación basada en la selección y el orden de los objetos es lo que tiene tanto interés como forma de evaluación de la memoria y de sus recursos, y de la necesidad permanente de ir buscando nuevas formas del archivo y del auto-archivo.

iniciativas para producir el espacio de la lecto-escritura, para buscar la no linealidad de ésta en el espacio sinóptico de una pantalla. Me interesa decir que se trata de una *producción de espacio*, en cierto sentido como lo había hecho Henri Lefebvre, es decir como un espacio socialmente construido, en el que cada nueva ocupación del blanco de la pantalla se corresponde con una tesis sobre las relaciones que se establecen en la constelación de textos en ese espacio sinóptico. Si hay alguna semejanza analógica que hacer (a pesar de que la idea me disguste), puede ser la de ciertos manuscritos glosados de la Edad Media en los que voces diferentes se desplazan hasta el lugar específico e incanjeable del manuscrito específico para producir un espacio de escritura que rompe con el orden gráfico del texto central variando constantemente su talla y fragmentándolo a través de una extenuación hipertextual de complejas consecuencias cognitivas. También se parece a ciertos proyectos en los que la linealidad de la escritura y de la lectura son puestos en crisis, como *Glas* de Derrida; o incluso a experiencias en las que la no linealidad se fundamenta en la extirpación de un centro textual y su envío a las invisibles bambalinas de una memoria literal necesariamente no compartida, como llega a teorizar Edgar Allan Poe en la primera entrega de sus *Marginalia* publicados en la *Democratic Review* de Noviembre de 1844. Estos proyectos no suponen únicamente una tesis sobre lo que la página o la pantalla dicen, sino, como señaló Adam Lipking, sobre lo que la página o la pantalla *hacen*.

Lo interesante de este planteamiento, sin embargo, no son las analogías. Lo interesante es que en el manuscrito electrónico lo que la pantalla *hace* no es una forma de predicción, pues el espacio sinóptico de la pantalla puede ser construido múltiples veces a instancias del usuario, y es de éste de quien dependen todos los procesos de variación.

Esta variación, sin embargo, no se produce de manera exclusivamente individual, sino que también tiene una realidad colectiva: todos los programas y sistemas electrónicos mencionados antes no han sido ingenieros para su uso estrictamente individual, sino más bien para la interacción *asíncrona*, para una especie de alfabetización que, aunque puede encontrarse en analogías históricas, está diseñada para suponer una innovación en el universo de la alfabetización electrónica.

El manuscrito electrónico es, antes que ninguna otra cosa, el producto de una serie de co-laboraciones. Dicho de otro modo, el *manuscrito electrónico*, que puede incluso no tener un disco duro como residencia, sino una *nube*, es más bien un *taller* que un documento. O, mejor dicho, es más el producto de un *taller* que el producto de un autor solitario y aislado en su estudio, rodeado, acaso, por sus *materiae scriptoriae*, sus estampas y, posiblemente, un cilicio o un flagelo -o un león, si es que uno es, por ejemplo, san Jerónimo. Será igualmente necesario, sin embargo, comprender qué tipo de taller es éste, pues no es únicamente un taller en tanto que búsqueda colectiva de un resultado preciso, sino más bien un taller en el que se experimenta colectivamente y se producen textos a expensas de su volumen, de su ocupación del espacio o de una definición precisa del tiempo de lectura y de escritura. Una palabra que está bastante de moda en algunas universidades americanas para hablar del *manuscrito electrónico*, y cuya paternidad creo poder localizar en mi ex-colega Paul Rabinow, de Berkeley, es la de *collaboratory*. En mi opinión es posible considerar que *manuscrito electrónico* es sinónimo de *co-laboratorio*.

Lo que es preciso es analizar en qué consiste este colaboratorio, es decir por qué y con qué fines los sistemas de escritura electrónica han ido al encuentro de la construcción

de un espacio común al que es preciso desplazarse para poder proceder a la elaboración de textos y a la interacción pública con los mismos.¹⁰ En otras palabras, de qué manera el manuscrito electrónico supone una transformación radical de la *literacy*, del significado

¹⁰ A veces se dice que internet ha permitido a numerosas voces, como la de la bloguera cubana Yoani, *salir* del aislamiento de un sistema totalitario censor. Su voz se haría escuchar más allá de los confines de la costa cubana y resonaría en todas partes como a través de un megáfono de tamaño desproporcionado. En realidad creo que habría que interpretarlo al revés: sería no una forma de salir, sino más bien de acceder a ese espacio, pues es el usuario individual el que, consciente y explícitamente, debe llevar a cabo el acto de acceder a esa dirección, a la que entra por la estrechísima puerta de la alfabetización electrónica contemporánea, en la que continentes y contenidos, módulos y sistemas, están diseñados para constituir una puerta tan pequeña como la que encuentra Alicia a la entrada de *Wonderland*; el usuario no sólo debe hallar la llave, sino que además debe modificar su cuerpo -crecer o menguar, como Alicia- para poder traspasar esa puerta. Lo que supone esta interpretación es, más bien, una ilusión de salida, antes que una salida, pues deja bien claro que esta salida depende en exclusiva de los turistas electrónicos que, transformados en entidades digitales, interactúan momentáneamente con ese universo que, de inmediato, desaparece y se esfuma en la no-presencia de la nube -un excursión al excursión sería dar a esa nube el nombre del texto místico inglés de la Edad Media, *the cloud of unknowing*. Naturalmente que la creación y proliferación de estas *puertas de entrada*, más que puertas de salida, es una forma especialmente fascinante de denunciar el totalitarismo y de desafiarlo -valientemente, pienso- a reaccionar contra los procesos de alfabetismo electrónico.

de la cultura escrita. Naturalmente que esto no significa que el manuscrito electrónico suponga un proceso de sustitución de lo que hoy conocemos como cultura escrita, del mismo modo que la imprenta no ha supuesto el borrado de la cultura manuscrita ni la fotografía digital ha detenido el desarrollo de la fotografía química. En caso, habrá de suceder lo contrario, o, en caso, la multiplicación de los espacios de investigación, de creación y de hibridación.

Por ello es imprescindible ser consciente de esta transformación. Es únicamente esta conciencia la que permite no sólo el desarrollo del manuscrito electrónico, sino del propio universo de la cultura escrita de la contemporaneidad. En mi opinión, esta transformación es tanto más crucial cuanto que una parte del discurso contemporáneo sobre la democracia se basa en ella. Tampoco es una coincidencia que Poe se empleara a fondo en la producción de márgenes sin texto en un número crucial de la *Democratic Review*. Ni todo ello puede ser desligado de los complejos procesos de reconfiguración de lo que Habermas consideró la *esfera pública*, la capacidad que tienen las voces ciudadanas o simplemente civiles en la situación y participación dentro de la vida pública en toda su extensión. Lo interesante ahora es que la *dialéctica de la democracia*, si se me permite utilizar y colocar en primera línea de nuestras preocupaciones contemporáneas la expresión de Horkheimer y Adorno, *dialéctica de la Ilustración*, se manifiesta de manera palpitante en esta transformación de la cultura escrita. Esta dialéctica de la democracia no es únicamente la articulación de numerosos procesos para *promover* la democracia, sino, sobre todo, para limitarla y someterla a vigilancia en nombre mismo de la democracia. Este es uno de los puntos en que el alfabetismo electrónico nos fuerza -o al menos nos pide enérgicamente- que reflexionemos sobre el modo en que tenemos que volver a

negociar el significado de lo público y lo privado, del concepto mismo de democracia, ante la presencia de una innovación transformadora en el ámbito del alfabetismo.

Toda innovación en el alfabetismo implica una renegociación de ciertos conceptos políticos, jurídicos y -en un sentido muy aristotélico- morales. Desde el orden de la propiedad al que se refiere Chartier, hasta el concepto mismo de amistad y el tipo de contrato en que ésta se sustancia. Por ejemplo, para poder formar parte de una *red social* como Facebook, hay que suscribir un contrato de amistad, unas reglas de conducta entre la plataforma y sus usuarios, y entre los usuarios entre ellos, que se relacionan por conceptos que están en constante renegociación desde -es un ejemplo- la *Ética* de Aristóteles, la *Cuarta Partida* de Alfonso X, o tantos otros tratados sobre las formas y conceptos de la amistad y su valor político. Es en esa negociación en la que se produce una interacción cuya colisión puede tener proporciones astrofísicas, pues es el resultado de la confluencia del lenguaje jurídico (los contratos de uso y disfrute), el lenguaje tecnológico, y el lenguaje moral o de sentido común. Es aquí, creo, donde los humanistas -los que nos dedicamos a las humanidades, que no sé si es lo mismo que humanistas- deberemos plantear con toda explicitud los problemas de esas confluencias e interacciones lingüísticas, y donde deberemos también participar en el proceso de innovación de alfabetismo electrónico, pero no desde el discurso del conocimiento histórico, que parecerá reaccionario, sino desde la perspectiva de la creatividad y de la innovación.

La conciencia de la transformación tiene repercusiones técnicas y tecnológicas. En los grupos de trabajo sobre manuscritos electrónicos en los que he participado siempre nos hemos ido encontrando con el mismo problema a la hora de poner a dialogar a los

ingenieros informáticos con los especialistas en humanidades. Estos diálogos han resultado frecuentemente frustrantes por ambas partes. Los ingenieros adoptan un discurso sumamente impreciso, en el que módulos, sistemas, bases de datos y otros macroprocesos parecen no bajar jamás al reino de lo tangible. Los humanistas, por el contrario, adoptan un discurso extraordinariamente tangible, pero con frecuencia para pedirles a los ingenieros que hagan un sistema con el que se pueda hacer *online* lo que los humanistas están haciendo ya sobre el papel. A estas peticiones, los ingenieros responden siempre que sí, y, a fin de cuentas, elaboran ese sistema, que viene a resultar en algo frecuentemente estático, un objeto para proveer de información al usuario, pero en el que el usuario o no tiene ningún espacio de interacción, o este espacio de interacción está limitado, contenido y apartado del proceso de producción de conocimiento. Bastará con revisar sitios web como la biblioteca virtual Cervantes -y las que se le parecen-, el PARES, o casi cualquier otro de los sitios web preparados específicamente desde la perspectiva humanística y textual. Todos ellos son el resultado de una conversación plana e irrelevante entre informáticos y humanistas. Éstos piden almacenamiento, aquellos ofrecen módulos prediseñados. *Nascetur ridiculus mus.*

Ahora bien, la conciencia de la transformación permite de algún modo salir de la natural tendencia a la conservación. Permite a los humanistas tomar el liderazgo en el proceso de transformación de la cultura escrita y, por tanto, en el proceso de transformación de los modelos democráticos asociados a la cultura escrita. El reto no consiste pues en *conservar* y en *almacenar* o en poder hacer *online* cosas que normalmente hacemos en papel de modo más incómodo. De lo que se trata es, más bien, de intentar ver más allá de lo que se puede hacer, y forzar al ingeniero a que se encuentre

incómodo en el sí, o a que diga simple y llanamente que lo que pedimos no es posible. Los buenos ingenieros informáticos -igual que los buenos humanistas- aborrecen la comodidad y el *eso no se puede hacer* es un *todavía*: el humanista es, aquí, un motor del desarrollo de los sistemas de información.

Esto último podrá ser fácilmente calificado de idealista, y aun de ingenuo. Y en cierto sentido lo es. Pero lo cierto es que, paradójicamente, los sitios web ideados por y para su uso en el ámbito de las humanidades son, ante todo, una renuncia al manuscrito electrónico y a sus cualidades como *colaboratorio*. Las revistas electrónicas no han sabido separarse del sustantivo *revista* y de sus vínculos con el soporte en papel. No me refiero aquí a las bases de datos que reproducen en formato electrónico las revistas que actualmente se publican en papel, como las alojadas en jstor, muse, chadwyck-healey, por mencionar únicamente las más conocidas. Algunas de las revistas que se publican exclusivamente en formato electrónico son poco más que lo que se llama en inglés *repositories*, meros depósitos de archivos en *portable document file* (pdf) que requieren del lector la descarga y manejo individualizado. Revistas como *eHumanista* o el formato universalizado por el sitio francés *revues.org* son los casos más conocidos. No quiero decir que carezcan de mérito o que no hagan más fácil tanto la publicación como el acceso a la misma.¹¹ Sencillamente se trata de iniciativas que se quedan a medio camino, que, si bien permiten a los lectores acceder a cierta información preservada virtualmente, les impiden, al tiempo, la interacción con el objeto escrito y su modificación. Leah Price

¹¹ Y además están en permanente transformación, así que es posible que mañana mismo, mientras estas páginas estén aún en prensa, cambien sus módulos por otros más interactivos e innovadores que dejen pálido al zorro que escribe estas notas.

ha dedicado una serie de trabajos a la tesis *cuando leer era escribir*, como si hubiera habido un momento de la historia en que leer ya no fuera escribir; pero lo cierto es que limitar la escritura sobre el objeto mismo de la lectura es, al mismo tiempo, romper la íntima relación que se establece entre el manuscrito y el usuario del mismo, entre la lectura y la escritura como un solo y único movimiento, como un universo epistemológico. La confianza en el pdf rompe ese pacto epistemológico y, sobre todo, separa la cultura letrada electrónica de ese pacto epistemológico.

Por suerte, muchas de estas iniciativas de publicación están fundamentadas en la segregación entre el diseño o la programación por un lado y la base de datos por otro, el proceso asíncrono al que me refería antes. Dicho de otro modo, están ideadas -al menos algunas de ellas, con la excepción de aquellas que ofrecen exclusivamente documentos en pdf- de tal manera que se pueda modificar radicalmente la programación del sitio sin tocar los datos que se alojan en el mismo. Uno podría mañana mismo sustituir toda la programación de *revues.org* sin siquiera afectar a una coma de los textos de las revistas. Esa hipotética nueva programación podría restituir el pacto epistemológico al que me he referido hace un momento, elaborando un sistema en el que los lectores no necesitaran de mediación alguna para relacionarse con el texto. Al mismo ritmo, surgen sitios web potencialmente excelentes (por ejemplo los sitios dedicados por Denis de Muzerelle a la codicología) que se remontan a modelos de programación vigentes ya en 1998.

La vanguardia de la programación está en eso que se ha dado en llamar *networking* o *interconexión*. Jamás en toda la historia de la humanidad se ha leído tanto y se ha escrito tanto como en el interior del *networking*. Si hay algo que haya realmente puesto en crisis el concepto mismo de cultura escrita es el *networking*. El *networking*, además,

no es el resultado de la *web 2.0*, sino que la *web 2.0* es el resultado de la intuición y las necesidades del *networking*. Un montón de jóvenes universitarios empapados de alcohol y residentes en los dormitorios de una *fraternity* norteamericana se preguntan lo que quieren hacer a expensas incluso de aquello que en ese momento la tecnología les permite hacer. Como consecuencia de ello, se inventan la tecnología. A pesar de la enorme (y justificada) conmoción que esto causa en el ámbito de la esfera privada, y del modo que obliga incluso a replantearse los contratos vigentes en dicha esfera, la tecnología es imparable y hoy día tiene un crecimiento exponencial. Cuando todo reclama la renegociación de los pactos epistemológicos, de las relaciones entre público y privado, de los sistemas de colaboración, interacción e interconexión, algunos sitios se obstinan en mantenerse en la época del *mecanoscrito*, no ya renunciando a desarrollar los retos promovidos por el manuscrito electrónico, sino, lo que es peor, renunciando también a someterlos a crítica, haciendo, sencillamente, como si no existieran, como si esto no constituyera un problema palpitante de nuestros modos de reinención de la cultura escrita y, por ahí, de las relaciones sociales y políticas.

El manuscrito electrónico es utilizado con eficacia, en cambio, para crear una ilusión de democracia. La mayor parte de los diarios nacionales e internacionales - frecuentemente prestigiosos behemoths que consumen indescritibles rollos de papel y un océano de tinta cada día- han encontrado *online* la forma más perversa de crítica de ese espacio de transformación de la cultura escrita y de las relaciones sociales. Crean la noticia, desviando hacia titulares concretos el interés de los ciudadanos. Pero eso no es nuevo, ni indisociable del oficio mismo de la escritura, sea del tipo que sea. En su versión *online*, sin embargo, los diarios tienen una dependencia cada vez más extrema de las

agencias de noticias; si el diario es un behemoth, la agencia de noticias es más bien un leviathan anónimo y aparentemente neutro, pero es en esa neutralidad aparente en la que reside su poder. Lo más notable es la ilusión de democracia que supone la apertura del diario en la red a la interacción del público. La lectura de dichas interacciones no se parece en absoluto al rigor con que se escribían, seleccionaban y editaban las antiguas *cartas al director*. Al contrario, esta *desconexión* presenta la opinión en crudo, con todos sus defectos gramaticales, con toda la inercia de los sentimientos y emociones más básicos, con toda la violencia y agresividad de unos usuarios amparados por el anonimato; de hecho, son la sacralización del *anónimo*, ese género literario de tan larga y generosa tradición. Permiten la difamación y el insulto -que es lo que más abunda en ese detrito de la noticia-, y lo hacen de modo que cada usuario anónimo evite su responsabilidad tanto moral como jurídica. Los periódicos no actúan de este modo a la ligera, sino de manera muy evidentemente calculada: no abren todas las noticias al comentario público, sino solamente unas pocas, aquellas que más se prestan, precisamente, a ese tipo de comentarios.

Lo que critico no son las reacciones de los usuarios, sino más bien la actitud política y moral de los medios de comunicación de masas y su carácter corporativo, la conciencia destructiva con la que actúan. Pues, como he dicho, no sólo limitan el tipo de artículos que admiten comentario, sino que también limitan la propia situación física de los comentarios, el espacio y extensión que les está reservado. En ocasiones pienso que los periódicos hacen cuanto está en su mano no tanto para dar la palabra al público cuanto para construir ese espacio social en que dársela, ese vocabulario construido por ese tipo de artículos abiertos al comentario, para demostrar que la posibilidad de abrir

anónimamente el periódico a la participación de sus lectores saca, de hecho, lo peor del ser humano y que, por tanto, será justificada la presencia dominante y superestructural del periodista y, aun más esencial, del periodismo en tanto que institución. En cierto sentido, es una de las formas que adopta lo que Horkheimer y Adorno definieron como la dialéctica de la ilustración.

El manuscrito electrónico, precisamente por discurrir por la arista de lo público, de la colaboración, de la interacción y del *networking*, no se deja sujetar a problemas editoriales concretos, o a formas de evaluación del mismo semejantes a aquellas a las que la ecdótica, sea como método editorial o sea simplemente como sistema hermenéutico, nos tiene acostumbrados en cualquiera de sus versiones y escuelas. Plantearse los problemas del manuscrito electrónico es plantearse también los problemas relativos a la cultura escrita y a las transformaciones sociopolíticas y morales que se relacionan con ella.

El trabajo de los humanistas es participar en esta negociación desde el principio, sin echarse atrás o levantar alarma por estas innovaciones, sino más bien enfrentándose a ellas desde una perspectiva progresista y creativa, de modo que aquello que nosotros sabemos hacer -desvelar dispositivos de poder, examinar hábitos, explorar la construcción de las culturas, averiguar tradiciones textuales, interpretar los sistemas expresivos de la comunicación, investigar el uso y los modos del lenguaje- permita que en la negociación salga beneficiada la libertad y el conocimiento de la humanidad, y no la capacidad de los dispositivos -de los módulos de programación y de diseño político- de invadir y desdibujar esa libertad.

Hay numerosas profecías acerca de cómo será la web 3.0, y aunque no me asiste ninguna capacidad específica de predicción, no es menos cierto que el arte de profetizar es, de momento, una actividad gratuita, así que no veo por qué no voy a dar mi versión de la web 3.0: será el resultado de la negociación de los términos políticos y jurídicos entre los que nos encargamos de las investigaciones humanísticas y los ingenieros y científicos que se encargan de los módulos de programación y de los sistemas físicos. En esa negociación, casi todos los términos que usamos a diario para delimitar el espacio de lo público y el espacio de lo privado habrán de ser definidos, pero si hacemos bien esta negociación, el gran hermano no será la metáfora de dominación que pese sobre nosotros, sino que la web 3.0 nos ofrecerá formas aún inimaginadas de inventar el alfabetismo electrónico y solventar la llamada brecha digital, el principio de desigualdad y sujeción que pende sobre nuestra sociedad como la espada de Damocles.